

# El suicidio de una mariposa

## Atisbos al mal radical

Guillermo Vega Zaragoza

Gilles Lipovetsky llamó a ésta “la era del vacío”, una época en la que mutaron las coordenadas de los acuerdos de socialización establecidos en el pasado para ubicarnos en un acendrado individualismo en el que dominan la apatía, la indiferencia, la deserción de las convicciones y la banalización de la violencia. Sin embargo, ese “vacío” filosófico y existencial que define la época no podía permanecer vacío, tenía que ser llenado por algo. Ese algo ha sido “el mal radical” en el sentido kantiano, como consecuencia del individualismo voluntarista finisecular; es decir, el mal que se origina en la voluntad humana. Para Kant, ha explicado Richard Bernstein, la naturaleza no puede engendrar la maldad sino que sólo el libre albedrío humano puede hacerlo.

No parece casualidad que el meollo de las acciones de *El suicidio de una mariposa* —la tercera novela de Isaí Moreno (México, 1967), finalista del Premio Rejadorada de Novela Breve 2008— esté situado a finales de los años setenta y principios de los ochenta, precisamente la época en que Lipovetsky escribió los ensayos de su célebre obra. El personaje principal, el jovencísimo Antonino de la Cruz, vive en una ficticia pero plenamente familiar Ciudad del Valle donde experimenta en carne propia este enfrentamiento con el mal radical, no sólo el de los demás sino el de sí mismo, que lo lleva a una pesadillesca pérdida de la inocencia.

“¿Cómo se las arregla en su mayoría la gente para vivir, cuando las pesadillas son parte de la vida o la vida misma?”, se pregunta el omnisciente narrador, que nos cuenta los recuerdos que ni siquiera Antonino quiere recordar. Y se responde: “Quizá redactando un diario. Las tomas vertiginosas de conciencia suceden al internarse en el precipicio”. A Antonino, un joven suma-

mente sensible, le sucede lo que ya preconizaba Friedrich Nietzsche: “Cuando miras largo tiempo a un abismo, el abismo también mira dentro de ti”.

La mirada al abismo personal de Antonino comienza con su fascinación por las imágenes de *Alerta!*, revista amarillista de sucesos criminales y sangrientos, pero el abismo se extiende a todo su entorno, sobre todo a la relación con su vecino Saúl Castellán, el chico malo del pueblo, que le provoca al mismo tiempo repulsión y fascinación, y quien sin embargo le ofrece comprensión, consejo y algo parecido a la amistad: “Eres distinto a los demás y eso me gusta”, le confiesa Saúl y le hace una contundente revelación: “Todo este mundo está lleno de mierda. Además, hay mierda entre la mierda; nadie puede cambiar esto aquí”.

Es entonces cuando Antonino se da cuenta de que, a pesar de que siempre se había sentido fuera de esa atmósfera maligna que dominaba Ciudad del Valle, él mismo, a su joven edad, ya formaba inevitablemente parte de esa mierda a la que aludía su amigo. Antonino va experimentando esos leves atisbos del abismo que se cuelan por entre las cosas más nimias.

Sujeto de una absurda venganza, Saúl Castellán muere trágicamente. Antonino se siente culpable por haber dudado, apenas un instante, en advertirle del inminente ataque. Es entonces cuando se da cuenta que el abismo mira dentro de él: “Hasta el día del deceso de Saúl, Antonino supuso que conservaba algún tipo de pureza; ahora se dice a sí mismo que ya había experimentado la *suciedad del alma*. Todo fue una mentira zafia, licenciosa, que debió suplantar la contundencia de la realidad”.

Imposible no traer a la mente, durante la lectura de esta intensa e inquietante no-



vela corta, las páginas de *La náusea* de Jean-Paul Sartre, escrita precisamente en forma de diario. O al encontrarnos con las descripciones de Ciudad del Valle, remitirnos a la atmósfera enrarecida de la Santa María de Juan Carlos Onetti en *El astillero y Juntacadáveres*. Ya en sus anteriores entregas, Isaí Moreno se había revelado como un narrador con predilección por lo que podríamos llamar “el horror existencial”, como en *Pisot* (Premio Juan Rulfo 1999, Lectorum/Conaculta, 2000; Mala letra Libros, 2011) y *Adicción* (Joaquín Mortiz, 2004), pero con *El suicidio de una mariposa* nos arroja a un verdadero *tour de force* narrativo, donde el autor no cede ni un respiro al lector, pues lo atrapa desde las primeras líneas y no lo suelta sino hasta que lo lleva al funesto desenlace. Para lograrlo, Isaí Moreno se vale de una prosa pulida, acerada, que se desliza sin tropiezos ni contratiempos, y que encierra una buena cantidad de recursos narrativos que revelan el dominio que ha alcanzado su pluma al paso de los años. **U**

Isaí Moreno, *El suicidio de una mariposa*, Terracota, México, 2012, 90 pp.